



BLOQUE 10.4. EL DESARROLLO DE LA GUERRA CIVIL. LA EVOLUCIÓN POLÍTICA EN LA ZONA REPUBLICANA. LA EVOLUCIÓN EN LA ZONA FRANQUISTA. LA GÉNESIS DE LA DICTADURA. CONSECUENCIAS DE LA GUERRA.

EL DESARROLLO DE LA GUERRA CIVIL

Se pueden distinguir tres fases diferentes en el desarrollo bélico de la Guerra Civil.

PRIMERA FASE (17 DE JULIO DE 1936 - MEDIADOS DE 1937):

El general Francisco Franco, que desempeñaba la comandancia general de Canarias, se trasladó en un avión ("Dragón Rapide") costeado por el millonario mallorquín Juan March desde Las Palmas hasta Marruecos. Allí se puso al frente del ejército de África, que era el cuerpo militar mejor preparado y entrenado de toda España, y cuyos efectivos sumaban unos 50.000 hombres entre legionarios y mercenarios marroquíes. Durante los primeros días de guerra, estas tropas lograron cruzar el Estrecho de Gibraltar en aviones alemanes e italianos para unirse a los sublevados en Andalucía, que estaban comandados por el general Gonzalo Queipo de Llano.

Las fuerzas militares sublevadas avanzaron hacia Madrid desde el norte, con mayores dificultades y a las órdenes del general Mola, y desde el sur, pero fueron contenidas en los alrededores de la capital y en la Sierra de Guadarrama (donde se desplegaron 20.000 soldados republicanos). Esto supuso un importante revés para los insurrectos, que consideraban esencial la conquista de la ciudad de Madrid por razones políticas, económicas y diplomáticas.

Los republicanos mantuvieron bajo control el 60% del territorio español, incluyendo los núcleos urbanos más poblados (Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, San Sebastián, Gijón). Por el contrario, las mejores y más extensas regiones ganaderas y productoras de trigo, patatas, legumbres y maíz fueron pronto ocupadas por el bando franquista.

Durante las primeras semanas de combate ya se comprobó que el ejército rebelde superaba en organización, disciplina y suministros al ejército republicano, que estaba formado básicamente por improvisados batallones mixtos de soldados, guardias civiles y voluntarios civiles.



En la retaguardia de ambos bandos se desencadenó, de forma más o menos incontrolada, una violenta persecución con el propósito de exterminar a todos los adversarios. Los sublevados fusilaron, especialmente durante el verano de 1936, a militantes de sindicatos y partidos del Frente Popular, alcaldes y dirigentes políticos republicanos y maestros de izquierdas, que muchas veces fueron descubiertos al ser delatados por sus mismos vecinos. Por su parte, los milicianos anarcosindicalistas, ugetistas y comunistas se lanzaron al asesinato de todos los odiados derechistas, clérigos, empresarios, terratenientes, burgueses, monárquicos y católicos que encontraron.

La violencia fue terrible y el miedo se adueñó de los habitantes de Barcelona y Madrid, donde las víctimas eran sacadas de sus domicilios para ser "paseadas", es decir, ejecutadas en descampados y arrojadas a una zanja. En ocasiones, los asesinos actuaron de manera más sistemática y organizada. Así sucedió en noviembre de 1936 en Madrid, donde 2.000 prisioneros antirrepublicanos fueron extraídos de las cárceles, transportados en autobuses públicos hasta Paracuellos del Jarama y fusilados ante la inhibición de la Junta de Defensa, presidida por José Miaja y con Santiago Carrillo como consejero responsable de Orden Público.

SEGUNDA FASE (DE MEDIADOS DE 1937 - VERANO DE 1938):

Las tropas de Franco, que disponían de mejores abastecimientos de alimentos y armas, tomaron pronto la iniciativa y lograron conquistar toda la zona norte peninsular (Vizcaya, Santander y Asturias) en octubre de 1937. De esta manera, el bando republicano perdió importantes recursos económicos y el ejército franquista pudo disponer de las valiosas factorías industriales bilbaínas.

Con el objetivo de quebrar la mora y la capacidad de resistencia del enemigo, la aviación franquista efectuó intensos bombardeos aéreos contra la población civil en Valencia, Madrid y Barcelona, y también en la localidad vizcaína de Guernica, que quedó completamente destruida por el ataque de los aviones alemanes de la Legión Cóndor.

TERCERA FASE (JULIO DE 1938 - ABRIL DE 1939):

En julio de 1938, el general Vicente Rojo planeó una audaz ofensiva en la zona del Ebro con el objetivo de forzar una retirada del ejército franquista y reducir así la presión enemiga sobre Valencia y Cataluña. El mando de las tropas republicanas (80.000 soldados y 350 piezas de artillería) fue encomendado al joven coronel



comunista Juan Modesto. Por su parte, el ejército franquista empleó en el contraataque 200 aviones y 500 cañones. En medio del intenso calor veraniego, los combatientes lucharon en las proximidades del Río Ebro durante casi cuatro meses. En esta batalla murieron 6.500 soldados franquistas y los republicanos perdieron cerca de 20.000 hombres, que fueron hechos prisioneros. Finalmente, la totalidad de Aragón y de Castellón fueron ocupados por el ejército de Franco, de forma que Cataluña quedó aislada, y la zona bajo control republicano cortada en dos.

Este hecho dejó a la República prácticamente derrotada. Además, se acentuaron las diferencias internas entre los partidarios de la resistencia a ultranza (con el presidente Juan Negrín a la cabeza) y aquellos que se mostraban favorables a intentar una negociación de Paz (como el dirigente socialista J. Besteiro y el general José Miaja), aunque esta posibilidad fue rechazada categóricamente por Franco.

En diciembre de 1938, las unidades militares antirrepublicanas penetraron en Cataluña y un mes más tarde ocuparon la ciudad de Barcelona, donde los soldados franquistas fueron recibidos como "libertadores" por la multitud que llenaba las calles. En febrero de 1939, las desmoralizadas tropas republicanas se rindieron en Menorca sin presentar combate y Madrid cayó el 28 de Marzo. La Guerra Civil española había terminado y, según el general Vicente Rojo, "Franco había vencido por nuestros errores".

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA EN LA ZONA REPUBLICANA

El levantamiento militar desencadenó un profundo proceso revolucionario en la zona republicana. El Gobierno presidido por José Giral fue incapaz de imponer su autoridad y quedó desplazado por la aparición de nuevos centros de poder revolucionario de carácter local o regional. Así, en los diferentes pueblos, ciudades y provincias de la España republicana se crearon de manera espontánea diferentes comités revolucionarios populares, dirigidos en algunos casos por los anarquistas y en otras ocasiones por los socialistas o los comunistas. La situación era bastante caótica.

Desde el principio, el bando republicano careció de unidad política, y con el paso del tiempo, el desorden y las divisiones internas entre los distintos partidos y organizaciones sindicales se acentuaron.



Los comunistas y los socialistas consideraban que el desarrollo de la revolución social era un obstáculo que podía restar eficacia al esfuerzo militar, y por ello preferían aplazar la liquidación del sistema capitalista hasta derrotar al enemigo.

Las mujeres también colaboraron de forma muy activa en el esfuerzo bélico, realizaron todo tipo de tareas en los servicios hospitalarios y en las fábricas, encargándose también de la asistencia a los refugiados y de la confección de ropa para los soldados. Algunas jóvenes milicianas republicanas, vestidas con monos y pertrechadas con fusiles, llegaron incluso a participar en los combates.

La vida cotidiana en la retaguardia republicana estuvo marcada por el hambre, el desbarajuste económico, el absentismo laboral, los ataques aéreos y las continuas evacuaciones. Los alimentos básicos y los productos de primera necesidad pronto escasearon en las ciudades y fue necesario organizar un sistema de racionamiento de comestibles.

El desmoronamiento republicano se aceleró durante las semanas finales de la guerra. En febrero de 1939, Azaña presentó su dimisión como Presidente de la República y se marchó a Francia atravesando a pie la cordillera pirenaica. Al mismo tiempo, Juan Negrín y los principales dirigentes comunistas, como Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo, huyeron del país en avión.

LA EVOLUCIÓN EN LA ZONA FRANQUISTA, LA GÉNESIS DE LA DICTADURA

En principio, los sublevados carecían de un proyecto político definido para reemplazar a las instituciones republicanas en caso de un rápido triunfo. Sin embargo, la mayoría de los generales pronto comprendió la necesidad de unificar el mando de las tropas, de manera que todo el poder quedara acumulado en un único jefe para garantizar así una dirección estratégica más eficaz de las operaciones bélicas.

Por este motivo, los principales mandos militares antirrepublicanos (Emilio Mola, Gonzalo Quipo de Llano, Fidel Dávila, Miguel Cabanellas, Luis Orgaz y Juan Yagüe) se reunieron en septiembre de 1936 y eligieron en una votación informal al general Franco como "jefe del Gobierno del Estado". De este modo, Franco se convirtió en el máximo dirigente con poderes ilimitados y absolutos, tanto militares como políticos.



Entre los factores que favorecieron la rápida ascensión de Franco (un gallego de 44 años de edad de carácter frío y reservado) a la dictadura unipersonal y al mando supremo de los sublevados estaban sus espectaculares éxitos militares al frente del ejército de África al inicio de la contienda, su habilidad para entablar contactos y obtener ayuda material de alemanes e italianos, y la ausencia de posibles rivales, ya que generales como José Sanjurjo o Manuel Godea habían muerto al principio de la guerra.

A principios de 1937, Franco expresó su negativa a reponer en el trono a Alfonso XIII y encargó a su cuñado Ramón Serrano Suñer, un inteligente abogado que había sido diputado de la CEDA, la dirección de los asuntos políticos.

Las bases de un nuevo Estado autoritario tomando como modelo el régimen fascista italiano fueron los objetivos inmediatos adoptados por los sublevados:

- Anulación de la Ley de Reforma Agraria.
- Prohibición de todos los partidos políticos.
- Creación en abril de 1937 de un partido único y subordinado al Estado que fue denominado **Falange Española Tradicionalista y de las JONS**.
- Supresión del derecho de huelga.
- **Anulación de la libertad de expresión y establecimiento de una estricta censura.**
- **Abolición de los Estatutos de Autonomía Regionales.**

EL APOYO DEL CLERO CATÓLICO AL BANDO FRANQUISTA:

El clero católico español prestó un decidido apoyo ideológico y propagandístico a los militares sublevados. Los obispos justificaron el levantamiento militar y describieron el conflicto como una "Santa Cruzada para salvar la civilización cristiana" y la religión amenazada por los enemigos "comunistas y anarquista que querían acabar con Dios y gozaban con el asesinato y la destrucción". Además, condenaron y satanizaron al bando republicano, que fue presentado como una "encarnación de las fuerzas del mal" compuesta por "barbaros", "antipatriotas" e "hijos de Caín".



Lo cierto es que la Iglesia apenas tuvo otra opción, ya que durante las primeras semanas de guerra y antes de que las jerarquías eclesiásticas se pronunciaran pública y oficialmente a favor del alzamiento, se desencadenó una **sangrienta persecución contra el clero y los católicos en las zonas controladas por el bando republicano.**

Al finalizar la Guerra Civil, el importante respaldo del clero católico fue recompensado con generosidad por el régimen franquista, que garantizó a la Iglesia una posición privilegiada.

LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

A lo largo de la Guerra Civil murieron unos 450.000 españoles de ambos bandos en los frentes de combate, en los bombardeos y en las actividades represivas. Sin embargo, ésta no fue la única trágica repercusión demográfica del conflicto, ya que un elevado número de personas se vieron obligadas a huir del país por temor a las represalias franquistas. Se calcula que durante los tres primeros meses de 1939 casi medio millón de de refugiados cruzaron la frontera pirenaica para entrar en Francia. Allí fueron recibidos con hostilidad por el gobierno francés, que instaló a los españoles en inhóspitos campos de internamiento. Las autoridades mexicanas sólo permitieron la entrada de intelectuales, médicos y profesores.

Dentro de España, los vencedores se dejaron llevar por el ansia de revancha y no dudaron en "dar un escarmiento a los rojos". En consecuencia, los vencidos fueron silenciados, humillados, marginados, sancionados económicamente, expulsados de sus empleos y encarcelados. Ni si quiera las mujeres se libraron de esta persecución, pues aquellas que fueron identificadas como simpatizantes de izquierdas sufrieron crueles castigos y fueron obligadas a raparse el pelo al cero.

Durante los primeros años de la posguerra, **las cárceles franquistas pronto se llenaron de personas acusadas de delitos políticos.** Se calcula que 48.000 personas, entre ellos Lluís Companys, fueron fusilados durante la posguerra. Mientras que otros 25.000 cumplían penas de trabajos forzados y participaban en la reparación de caminos y canales, o bien en la construcción de edificios públicos (como los Nuevos Ministerios de Madrid) y monumentos (como el Valle de los Caídos). En 1946, la cifra de presos políticos descendió hasta los 15.000,



El Gobierno de Franco también inició en 1939 una exhaustiva “purificación” del sector público para descubrir y expulsar a cualquier persona que hubiera estado afiliada a algún partido del Frente Popular. Esta depuración alcanzó también a otros grupos profesionales como periodistas, abogados, médicos y árbitros de fútbol.

Los vencidos y sus familiares también sufrieron una severa represión económica, ya que muchos perdieron sus propiedades (pisos, tiendas, fincas) que fueron incautadas y subastadas por las autoridades franquistas.

Para **Anthony Beevor**, en su libro **“La Guerra Civil española”**, la principal consecuencia del conflicto es que aún no se ha terminado para algunos sectores de la sociedad española; lo define en su último capítulo como la “guerra inacabada”. Este conflicto se conserva en el recuerdo, sobre todo en términos enteramente humanos: el choque de ideologías, la ferocidad, el egoísmo, la hipocresía de muchos políticos, la traición de los ideales y el coraje y la capacidad de sacrificio de quienes lucharon en los dos bandos. La historia, que nunca está definitivamente escrita, debe terminarse siempre, como cualquier ciencia, haciéndose preguntas.